

¿Qué pasa cuando uno muere?

Y otras preguntas sobre el cielo,
el infierno y la vida venidera

Marcus Nodder



**EDITORIAL
PORTAVOZ**

La misión de *Editorial Portavoz* consiste en proporcionar productos de calidad —con integridad y excelencia—, desde una perspectiva bíblica y confiable, que animen a las personas a conocer y servir a Jesucristo.

Publicado originalmente en inglés por The Good Book Company con el título *What happens when I die? And other questions about heaven, hell and the life to come*, © Marcus Nodder/The Good Book Company, 2013. Reimpreso con material adicional, 2018. Traducido con permiso.

Edición en castellano: *¿Qué pasa cuando uno muere? Y otras preguntas sobre el cielo, el infierno y la vida venidera*, © 2020 por Editorial Portavoz, filial de Kregel Inc., Grand Rapids, Michigan 49505. Todos los derechos reservados.

Traducción: Rosa Pugliese

Ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación de datos, o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de los editores, con la excepción de citas breves o reseñas.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas han sido tomadas de la versión Reina-Valera © 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina; © renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas. Utilizado con permiso. Reina-Valera 1960™ es una marca registrada de American Bible Society, y puede ser usada solamente bajo licencia.

El texto bíblico indicado con «NVI» ha sido tomado de *La Santa Biblia, Nueva Versión Internacional*®, copyright © 1999 por Biblica, Inc.® Todos los derechos reservados.

El texto bíblico indicado con «NTV» ha sido tomado de la *Santa Biblia, Nueva Traducción Viviente*, © Tyndale House Foundation, 2010. Usado con permiso de Tyndale House Publishers, Inc., 351 Executive Dr., Carol Stream, IL 60188, Estados Unidos de América. Todos los derechos reservados.

EDITORIAL PORTAVOZ
2450 Oak Industrial Drive NE
Grand Rapids, Michigan 49505 USA
Visítenos en: www.portavoz.com

ISBN 978-0-8254-5823-1 (rústica)
ISBN 978-0-8254-6742-4 (Kindle)
ISBN 978-0-8254-7563-4 (epub)

1 2 3 4 5 edición / año 29 28 27 26 25 24 23 22 21 20


*Impreso en los Estados Unidos de América
Printed in the United States of America*

Contenido

Introducción	7
1 ¿Por qué es la muerte un asunto tan inquietante?	11
<i>¿Debemos orar por los muertos?</i>	24
2 ¿Cómo puedo estar seguro?	27
<i>¿Son reales los fantasmas?</i>	38
3 ¿Qué pasará con mi cuerpo?	41
<i>¿Cremación o sepultura?</i>	55
4 ¿Cómo será morir?	57
<i>¿El alma duerme o está con el Señor?</i>	64
<i>¿Hay recompensas en el cielo?</i>	71
5 ¿Cómo sobreponernos a la pérdida de un ser querido?	73
<i>¿Reconoceremos a nuestros seres queridos?</i>	86
<i>¿Es justo el juicio eterno?</i>	87
6 ¿Cómo será la vida en la eternidad?	89
<i>¿Qué es el alma o espíritu?</i>	102
<i>¿Volveremos a ver a nuestras mascotas?</i>	103
Conclusión	105
<i>¿Cómo podemos hablar con otros del juicio de Dios?</i>	109

*En memoria de mama y papá,
ahora con el Señor.*

Introducción

 Era sábado por la mañana cuando recibimos la llamada de mi madre. Era difícil entender lo que decía porque estaba desconsolada, pero tenía algo que ver con la salud de mi padre.

Papá tenía solo 62 años, y no estábamos al tanto de que tuviera un problema de salud, por lo que la noticia de que estaba mal fue totalmente inesperada. Diez minutos más tarde, el teléfono volvió a sonar. Esta vez era una buena amiga de la familia que estaba allí con mamá. Lamentó tener que decirme que mi padre había muerto.

Había estado trabajando con ahínco en la oficina que tenía en casa (era pastor de una iglesia); de un momento a otro, estaba tendido sin vida en el piso. Al parecer, no sabía que tenía un problema: una afección cardíaca no diagnosticada. Fue tan repentino como pulsar un interruptor y apagar una luz.

Esto sucedió hace doce años. Para mi madre aún son difíciles los sábados y no se ha acostumbrado a vivir sola. Faltaban pocos años para su jubilación,

habían comenzado a hacer planes y estaban ansiosos por pasar más tiempo juntos y con la familia. Veo a nuestros cuatro hijos crecer y no puedo dejar de lamentar que no hayan podido conocer a su abuelo. Era buenísimo con los niños; estoy seguro de que lo hubieran querido un montón. Personalmente, lo extraño... y mucho.

* * *

Pocas experiencias en la vida son tan dolorosas como la pérdida de un ser querido. Solo aquellos que han atravesado el luto pueden entender realmente cómo es.

Si esa es tu situación, es posible que hayas adquirido este libro en busca de esperanza, consuelo y respuestas.

Sin duda, encontraremos ciertas respuestas. Sin embargo, al estudiar el tema de la muerte en la Biblia, también nos veremos obligados a enfrentar algunas verdades incómodas, como la realidad de nuestra propia muerte. Si te acaban de diagnosticar una enfermedad terminal, no necesitarás convencerte de esto, pero para el resto de nosotros es como lo que escribió una vez Sigmund Freud: «Nadie realmente cree en su propia muerte».

Para la mayoría de nosotros, la muerte es algo que les sucede a otras personas. Lo leemos en los periódicos, lo vemos en la televisión o incluso lo experimentamos en nuestra familia extendida; pero no creemos que nos vaya a suceder a nosotros. Sin embargo, nos sucederá. Y tenemos que prepararnos para ello. ¿Has

llegado a aceptar la incómoda verdad de tu propia muerte?

Algunos se enfrentan a la perspectiva de la muerte haciendo bromas y restándole importancia. Otros usan un lenguaje que oculta su terrible realidad: «Se fue», «Partió» o «Ya no está con nosotros». Algunos se aferran a las vagas esperanzas de que todo estará bien y que todos van a un lugar mejor, mientras que otros proclaman con certeza que la muerte es el fin absoluto. En ambos casos, esta creencia no es más que una ilusión.

Sin embargo, otros simplemente se niegan a hablar de la muerte. Es como si hubiera una conspiración de silencio. Personas se mueren en nuestras comunidades todos los días y, sin embargo, casi ni nos enteramos. Se traslada a los muertos en silencio y discretamente.

El problema de huir de la realidad es que un día nos alcanzará, y la pregunta es: *¿Luego qué?* ¿Qué pasa cuando uno muere? Shakespeare describió la muerte como un «país recóndito» del que no regresa ningún viajero. Entonces, ¿cómo puede alguien saber con seguridad qué sucede?


Sin embargo, hay una persona que sabe con certeza qué hay más allá de la tumba, y es el propio Dios. En la Biblia, Él nos revela la verdad sobre la vida y la muerte. No solo eso, sino que en Jesús, Dios ha ofrecido *la solución a la muerte*. Jesús vino «para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo, y librar a todos los que por el temor de la muerte estaban durante toda la vida sujetos a servidumbre» (Hebreos 2:14-15).

Si confiamos en Jesús, tenemos la respuesta a la muerte. Podemos enfrentarla, pensar en ella y hablar de ella y no tenemos razón para temerle, porque creemos en quien la venció.

Sin embargo, aun así podemos tener muchas preguntas. ¿Qué sucede exactamente cuando uno muere? ¿Dónde estaremos cinco minutos después? ¿Qué será de nuestro cuerpo? ¿Cómo puedo estar seguro? ¿Qué pasará el día del juicio? ¿Habrá recompensas para los creyentes? ¿Cómo será la vida en la eternidad? ¿Cómo atravesar el luto? ¿Veremos a nuestros seres queridos otra vez?

Precisamente, para responder con la Biblia a estas y muchas otras preguntas sobre la muerte, he escrito este libro.

¿Por qué es la muerte un asunto tan inquietante?

 **P**ara la mayoría de las personas, la muerte es un futuro aterrador. Para algunos es temor a lo desconocido; para otros es la conciencia de que la muerte hace que la vida no tenga sentido. El periodista Tom Chivers escribió:

Me aterra la muerte; mi propia muerte, la de mis seres queridos, la de todos... cien años después de mi muerte, nadie sabrá realmente quién fui. ¿Acaso sabes el nombre de tus bisabuelos?

Para algunos, su temor es que la muerte sea el fin. Larry King, el exlocutor de CNN, declaró: «Lo que más temo es la muerte, porque creo que no iré a ningún lado».

Sin embargo, la Biblia manifiesta que la razón por

la que todos tememos la muerte es precisamente lo contrario. La muerte *no* es el fin. Vamos a algún lado, todos nosotros, y a menos que creamos en Jesús, tenemos todo para temer.

Hebreos 9:27 indica: «Y de la manera que está establecido para los hombres que mueran una sola vez, y después de esto el juicio». Puede que no nos guste admitirlo, pero en el fondo, todos tenemos la leve sospecha de que la tumba no será la última palabra, y que un día se hará justicia a nosotros y al mundo entero. Este sentir interno de un juicio venidero se encuentra confirmado y resaltado claramente en la Biblia, y en ninguna parte tan claro como en su último libro.

Y vi un gran trono blanco y al que estaba sentado en él, de delante del cual huyeron la tierra y el cielo, y ningún lugar se encontró para ellos. Y vi a los muertos, grandes y pequeños, de pie ante Dios; y los libros fueron abiertos, y otro libro fue abierto, el cual es el libro de la vida; y fueron juzgados los muertos por las cosas que estaban escritas en los libros, según sus obras. Y el mar entregó los muertos que había en él; y la muerte y el Hades entregaron los muertos que había en ellos; y fueron juzgados cada uno según sus obras. Y la muerte y el Hades fueron lanzados al lago de fuego. Esta es la muerte segunda. Y el que no se halló inscrito en el libro de la vida fue lanzado al lago de fuego (Apocalipsis 20:11-15).

El pasaje comienza con las palabras: *Y vi...* Ver lo que Dios le reveló a Juan nos abre una ventana que nos muestra lo que nos espera. Nos es revelado para que podamos prepararnos para ello.

El gran trono blanco

La escena celestial parece transcurrir en una sala de tribunal, pero con algunas características poco comunes.

Y vi un gran trono blanco y al que estaba sentado en él, de delante del cual huyeron la tierra y el cielo, y ningún lugar se encontró para ellos (v. 11).

Lo primero que llama la atención de Juan es el enorme trono blanco. No es el que se encuentra en una sala de tribunal común y corriente. Por lo general, un juez se sienta en lo que se llama un escaño; pero la mayoría de las veces es un asiento, definitivamente no un trono. Sin embargo, este tribunal se lleva a cabo en la sala del trono de Dios. Sentado en el trono está el Dios Todopoderoso, el Creador y el Juez de todos los seres humanos. Que el trono sea grande nos habla de la grandeza del poder, la majestad y la autoridad de Dios. Que el trono sea blanco nos muestra que Dios es íntegramente santo y puro.

El momento del tribunal celestial se encuentra revelado en el versículo 11: «De delante del cual huyeron la tierra y el cielo, y ningún lugar se encontró

para ellos». Esta sesión del tribunal se llevará a cabo cuando Jesús regrese y esta era actual llegue a su fin, lo que dará lugar a un cielo nuevo y una tierra nueva.

El acusado

No obstante, en la visión, Juan no solo ve a Dios en su trono, sino a los que están de pie delante de Él. ¡Qué espectáculo!

Y vi a los muertos, grandes y pequeños, de pie ante Dios (v. 12).

Imagina eso. *Todo* ser humano que haya vivido estará de pie ante el enorme trono blanco. Miles de millones de personas. Grandes y pequeños, ricos y pobres, los poderosos y los oprimidos. La gran masa de la humanidad frente a su Creador. Una escena impresionante.

Sin embargo, esta no es solo una historia en un libro, porque tú estarás allí, y yo también. No estaremos allí como almas sin cuerpo, sino físicamente resucitados de entre los muertos.

Y el mar entregó los muertos que había en él; y la muerte y el Hades entregaron los muertos que había en ellos (v. 13).

No importa cómo haya muerto cada uno; todos resucitarán para comparecer ante este tribunal de los últimos tiempos. No importa si fueron enterrados, cremados o se perdieron en el mar, todos resucitarán.

Esta idea de una resurrección final de todas las personas no es solo un hecho que encontramos en el último libro de la Biblia. En el Antiguo Testamento, el profeta Daniel predijo: «Y muchos de los que duermen en el polvo de la tierra serán despertados, unos para vida eterna, y otros para vergüenza y confusión perpetua» (Daniel 12:2). El apóstol Pablo enseña «que ha de haber resurrección de los muertos, así de justos como de injustos» (Hechos 24:15). Y el mismo Jesús señala de manera explícita que «vendrá hora cuando todos los que están en los sepulcros oirán su voz» (Juan 5:28).

Hacia allí se dirige la historia. Esta no continúa indefinidamente, terminará el día del juicio final. Bertrand Russell pronunció la célebre frase: «Cuando muera, solo me pudriré», pero los cristianos saben que esto es una mera ilusión. La muerte no es el fin. Todos resucitaremos de entre los muertos para comparecer ante el tribunal celestial.

¿Realmente sucederá eso?

Es interesante ver que muchas personas parecen tener un profundo sentir de que algún día se hará justicia. No podemos imaginar un universo en el que los que han hecho el mal se salgan con la suya. Este sentir interno universal de que algún día se hará justicia proviene de Dios y confirma el claro testimonio de la Biblia. Sin embargo, la prueba definitiva es la resurrección de Jesucristo.

Como afirma Pablo en Hechos 17:31, Dios «ha establecido un día en el cual juzgará al mundo con

justicia, por aquel varón a quien designó, dando fe a todos con haberle levantado de los muertos».

Los últimos tiempos ya han comenzado con la resurrección de Jesucristo.

El juicio

Aunque es interesante ver programas de televisión que muestran lo que transcurre en la sala de un tribunal, no es tan entretenido encontrarte en una, especialmente cuando eres el acusado. Cada uno de nosotros será juzgado ante el Dios que nos creó:

Y vi a los muertos, grandes y pequeños, de pie ante Dios; y los libros fueron abiertos, y otro libro fue abierto, el cual es el libro de la vida; y fueron juzgados los muertos por las cosas que estaban escritas en los libros, según sus obras (v. 12).

En la visión de Juan, hay dos series de libros.

1. Los libros de las obras

Primero, los libros de las obras: «Y fueron juzgados los muertos por las cosas que estaban escritas en los libros, según sus obras» (v. 12).

El otro día, mi esposa encontró a nuestro hijo de dos años en la sala de nuestra casa, con los pantalones empapados, parado en un charco de orina; nuestros intentos de entrenarlo para ir al baño parecían bastante patéticos.

Mi esposa le preguntó:

—¿Te hiciste pipí en los pantalones?

Él la miró y, rápidamente, respondió:

—¡No, fue papá!

No tienes que entrenar a un niño de dos años para que culpe a otro, y como adultos, instintivamente, hacemos lo mismo cuando nos enfrentamos con la maldad en nuestras vidas.

Sin embargo, en estos libros está registrado todo lo que hemos hecho. Debemos tener en cuenta que esta es una parte de la Biblia en donde se usa un simbolismo para representar una realidad. Los libros simbolizan la memoria de Dios, que no se olvida absolutamente de *nada*.

Tal vez si Dios diera esta visión en el presente, no en el siglo I, en lugar de libros, podría representar esa imagen como un video de tu vida. Imagínate que lo proyecte en una pantalla gigante el día del juicio final, ante la vista de todas las personas que has conocido en esta vida. ¿Qué calificación crees que la censura asignaría a tu película?

Todos nuestros secretos. Todas esas cosas que hemos olvidado hace tiempo. Nos avergonzaríamos de muchas cosas. Si el video se publicara en tu página de Facebook, ¿cuántos amigos te quedarían dentro de una semana?

Los programas televisivos de detectives muestran que el reto constante es la necesidad de obtener pruebas suficientes para demostrar la culpabilidad de una persona. A veces un caso se viene abajo porque no alcanzan las pruebas. Sin embargo, si la acusación en

el juicio final es no haber amado a Dios y a tu prójimo como Él estableció, ¿cuánto tiempo tomará declararte culpable? ¿Cuánto tiempo debería durar la película para que confesaras: «De acuerdo, no hace falta ver el resto. ¡Me declaro culpable!»?

El juicio será *totalmente* justo e imparcial porque todas las pruebas estarán allí. No habrá una justicia dura, porque el juicio no se basará en la reputación o apariencia, o en los contactos familiares. Y Dios conoce *todos los hechos*. No solo lo que sucedió, sino lo que había en nuestro corazón. Él conoce todas las circunstancias y todos los factores atenuantes. A diferencia de nosotros, sus juicios se basan en conocer todos los hechos en lo más íntimo. Según Romanos 2:6, Dios «*pagará a cada uno conforme a sus obras*».

A veces decimos cosas como: «En esencia, soy una buena persona» o «soy mucho mejor que otros»; pero según este juicio, ¿quién podrá salir libre de ese tribunal?

2. El libro de la vida

Sin embargo, asombrosamente el versículo 12 dice: «Y otro libro fue abierto, el cual es el libro de la vida». Este libro se menciona seis veces en Apocalipsis. En 21:27 se llama «el libro de la vida del Cordero». Según 20:15 este libro no contiene las obras, sino los nombres de los hijos de Dios. Es un registro de los ciudadanos de la ciudad celestial. Solo ellos escapan del feroz destino que se menciona al final del versículo 15.

Solo hay una manera de salir libre del tribunal

celestial: que nuestro nombre esté escrito en ese libro de la vida. Otros versículos de Apocalipsis nos muestran cómo está nuestro nombre escrito allí: «Al que nos amó, y nos lavó de nuestros pecados con su sangre» (1:5). Estos son los que «han lavado sus ropas, y las han emblanquecido en la sangre del Cordero» (7:14). Este libro no es un registro de los ricos y famosos. Es un registro de todos aquellos que han creído en Jesús y en su muerte, y recibieron su perdón.

No queda claro, según este pasaje, si las obras de estas personas también están registradas en los otros libros. Si es así, los libros pueden contener muchas buenas obras, que son el fruto de una fe viva y serían una confirmación pública de nuestra fe en Jesús en el día del juicio final.

Quizá en esos libros no haya registro de ninguna de nuestras faltas, ya que Cristo ha pagado el precio por todas ellas; o tal vez estén registradas para mostrarnos la maravilla de la gracia de Dios. Lo que sí sabemos con certeza es que «ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús» (Romanos 8:1).

¿Está tu nombre escrito en ese libro de la vida? Al final, donde sea que aparezca tu nombre no tiene importancia. Tu nombre podría aparecer en los periódicos, en la fachada de un edificio comercial o incluso en los libros de historia; pero nada de eso importa si no se encuentra escrito en el libro de la vida, en el día del juicio final.

A la inversa, tal vez tu nombre nunca tenga alguna trascendencia en este mundo. Quizá caiga en el

olvido rápidamente una vez que te hayas ido; pero nada de eso importa ¡si tu nombre está escrito en el libro de la vida! Si es así, ese es motivo diario de agradecimiento y alegría. Como Jesús dijo a sus discípulos: «Regocijaos de que vuestros nombres están escritos en los cielos» (Lucas 10:20).

La sentencia

Lo que realmente importa es que nuestros nombres estén escritos allí cuando consideramos la sentencia con la que concluye el juicio:

Y la muerte y el Hades fueron lanzados al lago de fuego. Esta es la muerte segunda. Y el que no se halló inscrito en el libro de la vida fue lanzado al lago de fuego (vv. 14-15).

No hay un debate prolongado, ni un tribunal de apelación ni una segunda oportunidad. La sentencia del tribunal es definitiva y se ejecutará inmediatamente. Si el nombre de alguien no se halla escrito en el libro de la vida, se lo arrojará al lago de fuego. El lago de fuego se menciona tres veces en los versículos 14-15 de manera enfática. También se lo conoce como «*la segunda muerte*».

La Biblia habla de dos muertes. La primera muerte es aquella que llamamos muerte; es decir, el final de nuestra vida aquí en la tierra. La segunda muerte es ese destino en el lago de fuego para aquellos cuyos nombres no estén escritos en el libro de la vida.

El fuego es una ilustración del juicio de Dios. El lago de fuego es el lugar al que, como dice el versículo 10, también se lanzará al diablo para ser atormentado «día y noche por los siglos de los siglos». Es vivir bajo el juicio de Dios en una condición donde, según 14:11, «no tienen reposo de día ni de noche». Jesús a menudo se refería a él como el lugar de llanto y crujir de dientes. Se presupone que el lago de fuego simboliza el juicio de Dios en lugar de ser literal, y los artistas de la época medieval no nos han hecho ningún favor al dejar volar su imaginación cuando trataron de pintar esa escena para nosotros. Sin embargo, la realidad que simboliza, de una existencia eterna bajo el juicio de Dios, no es menos horrorosa.

«No le tengo miedo a la muerte» dicen a veces las personas que no tienen tiempo para Dios. Y tal vez sea así. Sin embargo, la muerte no es lo más inquietante, sino lo que hay más allá. No tener miedo de la segunda muerte es una verdadera locura. Otras personas tienen miedo de morir por temor a lo desconocido, pero hay aún más razones para tener miedo de la muerte cuando sabes qué hay más allá.

¿Consuelo?

Un pasaje bíblico como este puede ser una fuente de gran angustia para aquellos que han experimentado la pérdida de un ser querido. Es comprensible que temamos por nuestros seres queridos que han muerto y que, por lo que sabemos, no creyeron en Jesús. Pero ¿quién sabe cómo se presentó alguien ante Dios al

momento de morir? En realidad, algunas personas se vuelven a Cristo en sus últimas horas. Debemos dejarlo en las manos de Dios. Lo que importa ahora es aquellos de nosotros que aún vivimos y que todavía tenemos tiempo para prepararnos para esa cita final.

Para los seguidores de Jesús, esta visión de la realidad futura es un estímulo para que perseveremos en la fe. Nuestros nombres están escritos en el libro de la vida. Dentro de poco estaremos disfrutando de aquello que Apocalipsis 21–22 describe, y lo veremos en el último capítulo de este libro. Allí se dirigen los cristianos, así que sea cual sea el costo, sea cual sea la lucha que tengamos con el pecado, la tentación y la oposición, esta es la razón por la que debemos perseverar y seguir adelante.

Cuando nos sentimos tentados a rendirnos y cambiar de lado, cuando nos damos cuenta de que nos estamos alejando del evangelio, debemos mirar a través de la ventana de esta visión y recordar esta decisiva realidad futura.

Sin embargo, para los que no son seguidores de Jesús, este avance de lo que está por venir es una gentil advertencia de Dios y una invitación a recibir su perdón en Cristo, mientras aún hay tiempo.

El 26 de diciembre de 2004, después de Navidad, en una playa de Indonesia, un niño saudí de doce años llamado Youssuf, que estaba de vacaciones con su familia, miraba el mar a través de sus binoculares. Un relato cuenta que, de repente, «gritó “¡tsunami!”

tan fuerte como pudo, pero nadie le creyó. Trágicamente, la madre del niño y el hermano de cuatro años fueron arrastrados hasta morir».

El apóstol Juan está mirando a través de sus binoculares y ve lo que sucederá al final de los tiempos. Nos grita: «*Se acerca el día del juicio*». Hacemos bien en creerle y, si le creemos, en advertir a los demás; pero, lamentablemente, muchos en nuestro mundo son como las personas que se describen en Génesis 19. En ese relato de la destrucción de la ciudad de Sodoma, leemos en el versículo 14 que Lot advirtió a sus yernos: «Levantaos, salid de este lugar; porque Jehová va a destruir esta ciudad. Mas pareció a sus yernos como que se burlaba». Entonces, lo ignoraron y perecieron.

Dios no está bromeando. Esto es real, y las personas ignoran la advertencia a su propio riesgo.

Cuando aprendes a conducir en el Reino Unido, una de las cosas que te enseñan es cómo responder en las intersecciones donde hay un gran rectángulo de líneas cuadriculadas pintado de amarillo en medio de la carretera. La regla: *No ingrese al rectángulo hasta que su salida sea clara*. Ese también es un sabio consejo frente a la muerte.

Un día, cada uno de nosotros ingresará a una caja rectangular, que enterrarán o incinerarán. Antes que eso suceda, hacemos bien en asegurarnos de que nuestra salida sea clara en el futuro glorioso de Apocalipsis 21–22.

Sin embargo, ninguno de nosotros sabe cuándo



llegará ese día de la muerte. Por eso, la Biblia nos insiste: «He aquí ahora el tiempo aceptable; he aquí ahora el día de salvación» (2 Corintios 6:2).

¿Debemos orar por los muertos?

Sin duda, podemos dar gracias a Dios por nuestros seres queridos que han muerto, pero en ninguna parte de la Biblia se nos alienta a orar por los muertos, porque realmente no tiene sentido hacerlo.

Cuando alguien muere, o bien va a la presencia del Señor o es separado de Él, y nada de lo que hagamos después de su muerte puede alterar su estado o destino. El creyente va a «estar con Cristo, lo cual es muchísimo mejor» (Filipenses 1:23), por eso no le falta nada y no necesita que oremos por él.

El incrédulo no tiene más oportunidades de responder al evangelio una vez que ha muerto, por lo que orar por él tampoco sirve de nada. Por eso, la Biblia es tan apremiante sobre lo que hacemos con el evangelio en esta vida, mientras todavía hay tiempo. Debemos estar agradecidos por la vida de aquellos que han muerto, pero debemos confiarle su vida a Dios y dedicarnos a orar por los vivos.

En cambio, la Iglesia católica romana enseña que la gran mayoría de los creyentes va al purgatorio cuando muere, una etapa intermedia en la que supuestamente son purificados por fuego para que puedan entrar al cielo. Se cree que los creyentes que todavía viven en la tierra pueden orar por los que están en el purgatorio y obtener la remisión de la Iglesia del pecado («indulgencias»).

Esta enseñanza no tiene ningún fundamento en la Biblia. Además va en contra de la clara enseñanza de las Escrituras que explica que cuando una persona pone su fe en Cristo, desde ese momento es justificada, es declarada justa a los ojos de Dios y goza de su total aceptación. La seguridad que tenemos es que somos «justificados, pues, por la fe, [y que] tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo» (Romanos 5:1).

La maravilla del evangelio es que debido a que Cristo padeció por nuestros pecados, nosotros no tenemos que hacerlo (1 Pedro 3:18).

